

## La educación como ciencia

**&P**OR qué reformamos la escuela hasta modificar sus mismos cimientos? Es, sin duda, una sugestiva interrogación que se hacen muchos, pero que muy pocos logran contestarse satisfactoriamente. Y la verdad es que la inmensa mayoría—vinculada directamente o no a las instituciones escolares—se inclina a creer en la inutilidad y, lo que es aún más grave, en el perjuicio de tales reformas. Lo que puede contestarse inmediatamente en este sentido, tratando de fundamentar un problema, es que, en rigor, no se hacen reformas educacionales, sino que tales reformas son precipitadas en toda época cuya característica es una aguda crisis espiritual, patente en los diversos aspectos de la vida organizada, y toda crisis en las instituciones se produce justamente cuando las nuevas exigencias de la vida, lejos de verse satisfechas y empujadas hacia adelante, determinando un progreso, se hallan contrariadas con violencia.

En cada época o estratificación de nuestra cultura, es posible distinguir dos aspectos característicos y excluyentes: por un lado, la vida concrecionada y presa sólidamente en las instituciones que la representan—o, por lo menos, que la creen representar—y, por otro, la vida proteiforme, escurridiza, esencialmente mutable e imprevisible, en cuanto dirección o destino.

Pero las instituciones, una vez establecidas, no pueden cambiarse minuto a minuto, tanto más cuanto que peregrinamente se crean con pretensiones de eternidad. Sin embargo, resisten tan sólo hasta el momento en que la sedimentación continuada de la vida, por esencia mutable, adquiere la suficiente fuerza para romper los diques que la oprimen y soltar adelante. Tal sucede con la escuela. Realizada ésta como institución—plan de estudio, programas, orientación y fines, vinculación con la sociedad, condiciones físicas y morales, etc.—, perdura durante algún tiempo sin reparar en las variaciones apreciables que va experimentando la vida en todas sus fases y que sólo son registrables a la simple vista en todos aquellos aspectos de libre espontaneidad.

Es curioso a este respecto un fenómeno extremadamente paradójal en apariencia y que, sin embargo, en la realidad de los hechos contiene una profunda verdad y la explicación satisfactoria de todo cuanto se viene diciendo. En efecto, los individuos que encarnan y realizan las grandes reformas o revoluciones ideológicas son, en la mayoría de los casos, aquéllos

que viven al margen de las instituciones oficiales, es decir, aquéllos que, por no tener intereses directos relacionados con ellas, se dan cuenta claramente de los defectos e inutilidad que implican frente al ímpetu de la vida que golpea a sus puertas con la insistencia redoblada de la realidad. Es de observación corriente, a este respecto, que todos cuanto marcan en la evolución de las instituciones escolares nuevas rutas y nuevos principios, nada han tenido que ver con la enseñanza oficial: todos sin excepción han emergido de grupos particulares y, a menudo, libres de toda influencia desfiguradora de la realidad y del verdadero sentido de la vida. Montaigne, Rousseau y Tolstoi—padres de toda la renovación pedagógica contemporánea— no sólo vivieron alejados de la enseñanza oficial, sino que fueron perseguidos por todos cuantos percibían directa o indirectamente beneficios del estado. Los mismos ensayos más recientes y radicales, que comienzan ya a ejercer la inevitable influencia sobre las instituciones escolares fiscales o garantizadas por el estado, determinando violentas crisis y renovaciones totales, se deben exclusivamente a la iniciativa particular. De aquí que nada resulta tan ruinoso para la marcha espiritual de los pueblos como esa política de viva hostilidad hacia las iniciativas privadas de los individuos. En ella lo único que se logra es el afianzamiento momentáneo de un determinado gobierno, pero, a la larga, se amputan las raíces vitales por donde sube la savia de todo mejoramiento material y moral.

Si la escuela—decíamos—como institución ha hecho crisis, incuestionablemente se debe a que la vida, exterior a ella, pero interior con relación a sí misma, posee ya, por mutaciones insensibles a través del tiempo, un valor de influencia y peso suficientes para requerir nuevos moldes y posibilidades de libre evolución.

Nadie, en efecto, se atrevería a decir hoy día que la escuela tradicionalista se ajusta a la vida moderna. (En este lugar—claro está—no se hace referencia a la iniciativa particular o a uno que otro ensayo practicado excepcionalmente en colegios fiscales.) Cabe preguntar, entonces: ¿cuál es esa realidad material y espiritual del momento que culmina en nuestra época como sol de mediodía y a la cual los educadores deben ajustar su escuela y su método? ¿Cómo satisfacer, en seguida, esa realidad ampliamente, hasta la superación si fuese posible? ¿Cuál es, por lo tanto, el problema que debe resolver la educación contemporánea, si desea realmente cumplir una misión y encarnar un frente de avanzada?

A primera vista nada parece tan sencillo como precisar esa realidad típica y peculiar del presente, si se considera que en calidad de tal tiñe de coloración inequívoca todas las manifestaciones de la vida moderna, ya que de no ser así no podría considerarse verdadera realidad de la época.

Sin discusión alguna se trata de una actitud patente a través de la palabra y actos de los espíritus libres. Sin embargo, nada resulta en la realidad de los hechos más difícil de precisar, sin que por ello deba inferirse por cierto que tal realidad, típica para una determinada época, sea simplemente ilusoria. Todos tenemos la conciencia de que existe, y la historia lo corrobora ineludiblemente. Pero otra cosa es, sin duda, patentizarla. Desde luego, la modalidad de toda época no es una función simple y claramente diseñada en un fondo oscuro—determinadas instituciones o actividades colectivas, por ejemplo—que pueda servirle de marco o realce. Se trata en verdad de un flujo, a veces, subterráneo en ciertas direcciones, y en otras, completamente visible, pero con ramificaciones y entrecruzamientos que, muy a menudo, despistan a los observadores más avisados y prudentes. Para algunos—y los hay muchos por desgracia—el problema educacional es solamente una cuestión económica, en cuanto que, dadas las exigencias materiales del industrialismo moderno, lo único útil para el engrandecimiento de los pueblos es la rápida y eficiente formación profesional de la juventud. Para otros, en cambio, más humanos y eclécticos, las necesidades profundas de nuestra época exigen el desarrollo pleno de la personalidad del escolar, malgrado hasta hace poco por el intelectualismo clásico proveniente en línea recta de la filosofía del siglo pasado. Todavía se deja sentir una tercera tendencia, lamentablemente extremista—casi inhumana sería justo decir—que pretende desconocer en absoluto el valor espiritual de nuestra cultura, calificándola de peso muerto frente al «sentido biológico» del ritmo vital de nuestra época. (Las aberraciones deportivas con todas las variantes de la manía por la cultura física, encuentran su plena justificación en esta corriente.)

Ahora bien, ¿cuál de estas tres tendencias prevalece? O si se prefiere: ¿qué es la vida moderna, en cuanto orientación básica y rasgo saliente capaces de peculiarizarla con relación al pasado? ¿Cuáles su sustantividad, su tendencia, su ritmo preciso, su más alta misión? ¿O es que nos imaginamos una situación completamente ilusoria, mientras el devenir real, cósmico, careciendo de nuevo sentido, nuevos valores y nueva esencia no hace sino plenificar por el contrario todo cuanto

hemos heredado de nuestros antepasados—en cuanto a ideas y costumbres— y, en tal caso, las instituciones irán evolucionando en forma insensible sin que sea necesario por ello intervenir desde afuera y con premeditada finalidad?

No puede negarse por cierto que está de moda sostener que el mundo de hoy como escena ha cambiado bruscamente de decoración, que todo cuanto ayer fué motivo de atención preferente no pasa de ser hoy sino un puro sentimentalismo o un pasado de simple valor histórico. La verdad es que para nadie que piense un poco puede pasar inadvertida la visible exageración y gratuidad de todo cuanto se pregona en este sentido. Pero, incuestionablemente, hay un hecho formidable que no puede desconocerse y que gravita reciamente sobre toda nuestra época. Tal hecho es la guerra europea con todas sus consecuencias económicas, político-sociales, morales y religiosas. Es posible sí que la influencia no sea de la magnitud que se estima y, más aún, su dirección no sea exactamente la que se cree. Pero, sea como fuere, a priori, es evidente la posibilidad de establecer en forma inequívoca el cambio, no sólo en las costumbres e instituciones sino principalmente en las ideas, en la moral y en las manifestaciones del arte. Desconocer este hecho equivale exactamente a declarar una ceguera completa desde el año 1918 hasta nuestros días para los fenómenos más salientes en el aspecto espiritual tanto como material de la cultura.

Pero otra cosa es, sin duda, precisar bajo qué leyes se produce el cambio, y cuál es la razón profunda que lo entraña, a fin de adaptarse a él en forma inteligente y provechosa. Se cree, a menudo, que esta pregunta es ociosa desde que el instinto suele ahorrar la meditación y suplirla con gran ventaja, cuando se trata de conformarse a las nuevas exigencias materiales y espirituales de la vida, en una época inmediatamente posterior a una formidable crisis. Se llega hasta argumentar—lo que tiene una importancia imprevista para la enseñanza—que bastan para tal efecto el instinto, el buen sentido o la palabra del visionario.

Sin duda, los oscuros cristianos de las primeras décadas de nuestra era no requirieron seguramente para encontrar el reino de Dios—realidad típica y peculiar de aquella época—más que un pequeño renunciamiento, un dejarse llevar por las tumultuosas mareas místicas. Quizá la reflexión misma pudo haberles hecho hasta daño en un período en que la religiosidad de médula esencialmente irracional llenaba toda la vida. Pero, naturalmente, los tiempos han cambiado, y no en vano

asistimos a la realización de la ciencia en una proporción que amenaza absorber y reducir a cero casi todas las otras manifestaciones igualmente admirables de la creación humana. Ya en los tiempos del humanismo renacentista, las experiencias de un Galileo y de un Kepler, o las meditaciones de un Bacon, un Descartes y un Giordano Bruno, comenzaron a invalidar y poner en serio peligro la irracionalidad, teñida fuertemente de primitivismo, para dar amplio desarrollo, en cambio, a la elaboración razonada y consciente. Desde aquel instante, el progreso de la ciencia—invadiendo cada vez nuevos dominios—no se ha detenido, sino que, muy por el contrario, parece, día por día, cobrar más empuje y finalidad más nítida en el maremagnum de posibilidades de creación y evolución humanas. No podemos entonces evadirnos de la ciencia cuando se trata de captar la idea directora de nuestra época. A ella antes que todo, debemos pedirle la solución del problema. Su no consideración implica anacronismo, ceguera total para la vida de hoy y, por ende, un camino completamente errado al pretender fundamentar doctrinas e instituciones ajustables a la época. En particular, la escuela no puede olvidar este hecho, y toda reforma o tentativa de ella tendrán que ponerse a tono con la ciencia. Pero no conviene precipitar las ideas. Más adelante volveremos sobre este punto con el debido detenimiento.

Lo que no puede ponerse en tela de juicio—ni remotamente siquiera—a propósito del empadronamiento de la época por la ciencia, es el cambio de dirección que ha experimentado ésta en el momento al cual asistimos un tanto desconcertados y vacilantes. De una creación esencialmente espiritual, desinteresada y teórica se ha llegado en el trabajo científico a la máquina y a la técnica. No puede decirse que esto sea un resultado inconveniente o funesto. Haciendo ciencia hemos desembocado, por lo menos hasta el momento, en la vida material pura, y eso es todo. Se agregará todavía que tal dirección era completamente desconocida por aquéllos que iniciaron la fecunda labor de búsqueda científica, ya que un Galvani o un Hertz estaban muy lejos de comprender la formidable revolución que se produciría posteriormente en el mundo material.

A todos estos reparos se puede contestar, sin embargo, que la espiritualización y el desprendimiento con relación a toda actitud utilitaria sólo se han producido mucho después del nacimiento de la ciencia misma, ya que pueblos como Egipto y Caldea—recuérdese el humilde origen de la aritmética, geometría, astronomía como menesteres de la vida ordinaria—que le han servido de cuna, estaban empapados de la tendencia

utilitaria. Se da el caso así de un fenómeno esencialmente mutable que, poseyendo ciertas características en sus comienzos las abandona más adelante—en plena evolución y desarrollo—para volver a ellas, posteriormente, en la madurez. Todo esto es absolutamente cierto, pero en modo alguno tiene importancia—excepción hecha, por supuesto, del aspecto histórico, que arroja una luz imprevista sobre fenómenos trascendentales para la evolución humana—si se considera que realmente el proceso cósmico del progreso o cambio total de la vida se hace a espaldas de nuestros deseos conjeturales y previsiones, por agudas que ellas procuren ser.

El hecho irrefutable es que hoy—como lo decíamos más arriba—la investigación científica desemboca francamente en el mar tumultuoso de la vida material, y de la tranquilidad del cientista desinteresado y teórico, ajeno a la utilidad y a la aplicación de ella a la vida, hemos pasado al hombre dinámico de nuestros días, esencialmente técnico-industrial, ambicioso y práctico.

Esa es, en nuestro sentir, la verdadera característica del minuto que vivimos. Todas las demás manifestaciones: locura por el desarrollo físico, pugnacidad reconcentrada hacia el espíritu y los valores de la alta cultura, evaluación exagerada de la parte dinámica en desmedro de la quietud reflexiva, inclinación desordenada al bienestar material con la correspondiente crisis de la vida sana y tranquila, predominio de la intuición sobre las funciones intelectivas propias del régimen meditativo, tendencia a la standardización, que ahoga las individualidades y manifestaciones típicamente originales—no a otra cosa conducirá, sin duda, la exagerada corriente socializadora en la enseñanza—, en una palabra, desarrollo del animal sobre el espíritu, no son sino consecuencias necesarias y precisas de una sola premisa central. Pero el problema no es, evidentemente, tan sombrío en su perspectiva de solución como puede creerse a primera vista. La meditación sostenida nos hace comprender que con la tecnificación o, mejor dicho, con la ciencia aplicada al industrialismo, no se ha dicho todo. Tal interpretación es sólo una parte de la verdad. Al decir que la ciencia ha desembocado en el dominio material e indirectamente causa y seguirá causando—de lo que estamos absolutamente ciertos—algunos daños de pavorosa consideración—como por manera evidente lo prueban la guerra química, feroz e inhumana de los últimos tiempos y, quizá, más aún las del futuro—no se excluye la posibilidad de aprovechar una nueva dirección de su cauce. Efectivamente, en nuestros días, ya comienza a diseñarse tal tendencia.

Hasta ahora toda la investigación se había concentrado de preferencia en el mundo físico; dando lugar a las llamadas ciencias naturales: física, química, astronomía y aún biología. Pero, cabalmente, en esta última dirección, comenzó a comprenderse la posibilidad de aplicar sus métodos a los individuos, ya no en cuanto organismos o seres vivos como única condición, sino más bien en cuanto a centros de actividades psicológicas superiores. Así surgieron las inevitables interrogaciones: ¿cómo se conducen los hombres? ¿Cuáles son las leyes probables o aproximadas—no más rigurosas y permanentes que las leyes de la físico-química o de la biología—de sus funciones propiamente espirituales? ¿Puede la ciencia fundamentar, racionalmente, la vida moral y dictaminar sobre la conducta del espíritu, a fin de favorecer e impulsar su manifiesta función de superación? Al organizar los individuos en sociedad y fundar las instituciones necesarias para la convivencia. ¿no convendrá averiguar antes que todo—y resolver, por supuesto—la mejor manera de proceder de acuerdo con la realidad psicológica de los individuos, en vez de dirimir la situación con criterio de políticos dirigentes sin consideración de ninguna especie hacia los dirigidos?

Y parece que la respuesta se toma cada vez más afirmativa, frente a una realización, por lo menos, probable. Tal es el problema de nuestra época y en particular, el único que deben atacar decididamente las instituciones escolares, tratando de actualizarse para su mayor y mejor eficiencia.

La ciencia moderna comienza a revelar una escisión profunda: por un lado, la investigación del fenómeno físico-químico (que en última instancia tiende a la máquina y a ser grado de perfeccionamiento aún insospechado, pero que se presume superior a toda previsión) y por otro, las tentativas un tanto audaces, sujetas a enormes dificultades e insuperables errores, pero manifiestamente posibles, que tienden a dar base sólida a la psicología y a la moral.

Lo que parecía absolutamente imprevisible y caprichoso puede caer así bajo la ordenación reguladora e inteligente, a lo menos, en forma estadística. En otros tiempos, cuando aún no se vislumbraba la posibilidad de establecer una verdadera ciencia de la educación, es decir, un criterio racional que satisficiera las naturales exigencias de las generaciones nuevas, tanto en la pericia como en su fase adolescente, se respondía al magno problema de la organización escolar interrogando a los educadores experimentados o a los visionarios, prontos a diagnosticar todo cuanto se les solicite. No podía presumirse, ni en

forma remota, que, siendo el alumno el fenómeno esencial en el proceso de la educación, como lo son el hecho físico-químico o químico-biológico en el proceso del gran laboratorio que viene a ser la naturaleza, era a aquél a quien debía interrogarse exclusivamente, tratando de descubrir su verdadera esencia, sus leyes de evolución inevitable, sus recursos y meridianos fines, en vez de entregarse al trabajo ocioso de preguntarse de antemano por las condiciones y características de nuestra vida actual. No puede decirse, naturalmente, a priori, que en el futuro nuestro siglo marcará una época en la historia; pero hay muchas razones que parecen hablar en favor de esta presunción ya bastante difundida y explotada por los propagandistas entusiastas, ya sea de la crisis u ocaso de nuestra cultura, ya sea del comienzo de una vitalidad espiritual sobre la base del industrialismo contemporáneo. Lo que hay de verdad es que en el futuro se nos señalará por la atención inmensa prodigada al niño. Será el nuestro, posiblemente, el siglo de la psicología y de la moral, de la reivindicación de los verdaderos derechos del hombre, no como político o ente social abstracto en instituciones igualmente abstractas y ajenas al individuo, sino de los derechos espirituales, puestos de manifiesto por la búsqueda rigurosamente científica—y hasta donde es posible eliminar el error—de la verdadera e inalienable naturaleza humana.

Es de esperar que la libertad otorgada al individuo sea realmente la que le corresponde y necesite; que sus instintos encontrarán la debida satisfacción que requieren por razones naturales y con tanto derecho como otros que se atribuyen el exclusivismo y el monopolio, quizá en medida indebida y perjudicial; que su inteligencia no se excederá con los conocimientos que sobrepasan el límite de flexibilidad, eficiencia y salud; que sus sentimientos mismos encontrarán libre expansión cuando ellos marquen el ritmo de su psicología profunda o encarnen el verdadero sentido de la individualidad. Realmente, bajo este aspecto, vivimos un siglo de promesas halagadoras; y con alguien—cuyo nombre no recordamos—podemos lamentar no haber sido niños en esta época.

La investigación psicológica, que tiende a dar fundamento racional a la ética y a la educación, es la gran idea de la escuela nueva. Su realización va unida, seguramente, a las más elevadas aspiraciones de mejoramiento individual y equidad social. De aquí la enorme importancia que en nuestros días reviste la indagación psicológica de los niños y adolescentes, como la política de ensayos pedagógicos—encuestas, diagra-



mas de aptitud, estudios sobre la espontaneidad, etc.—que comienza a imponerse en todos los países con no menor urgencia que la construcción de caminos o la intensa propaganda a favor del incremento de la producción.

No es una posibilidad lejana y gratuita esperar a corto plazo la completa renovación de la escuela. El fenómeno se producirá, evidentemente, en forma evolutiva y con el tiempo necesario para una adaptación sólida y natural. Pero se producirá de raíz, porque la nueva fundamentación de la enseñanza sobre principios psicológicos experimentalmente obtenidos, afecta a los cimientos mismos de nuestras actuales instituciones escolares.

Nuestro país es muy joven y, seguramente, no ofrecerá la resistencia de tradiciones cristalizadas en conservantismos indestructibles y fieramente apegados a la rutina. El ambiente, por lo demás, se halla predispuesto a favor de las corrientes renovadoras y lo único que hace falta es la estimulación reiterada del esfuerzo individual para integrarlo en el grupo de los educadores y darle, en seguida, la realidad plena que con tanta justicia reclaman la escuela y el país.—ARTURO P I G A.

## La sombra de Sandino

**N**UESTRA América devora a los que la sirven y sirve a los que la devoran. *Sirve a los que la devoran*, porque lejos de buscar derroteros que condigan con sus necesidades en la vida nacional, ya sea desde el punto de vista económico, ya desde el punto de vista ideológico, se ha dedicado hasta ahora a corear cuanto interesadamente le sugieren desde afuera, sirviendo en la guerra y en la paz los intereses de otros y colaborando con deudas, desórdenes y orientaciones erróneas en la obra de su propia sujeción al extranjero.

*Devora a los que la sirven*, porque no se puede citar el caso de ningún latino-americano que habiendo hecho algo fundamentalmente útil para su tierra y para su raza, no haya sido sacrificado, disminuido o eliminado, como si el fin supremo fuera acallar las voces disidentes para restablecer la cómoda unanimidad de la incuria, la politiquería y la abdicación.